

## EL AZAR Y LA NECESIDAD EN LA HISTORIA

GUILLERMO FRANCOVICH,  
Río de Janeiro,  
Brasil

Los conceptos de azar y de necesidad parecen inconciliables, contradictorios en sus términos. El azar es lo intempestivo, lo fortuito, lo contingente. La necesidad es lo inevitable, lo que no puede dejar de ser, la exigencia ineludible. Se tiene, pues, la impresión de que si algo obedece al azar no puede estar sometido a la necesidad y que donde impera el uno no hay lugar para el otro.

Sin embargo, ya en Grecia, Demócrito, filósofo que vivió en el siglo v antes de Cristo, cuyas obras infelizmente se perdieron todas y las cuales, según Cicerón, eran de una belleza sólo comparable a las de Platón, afirmaba: “Todo lo que existe en el mundo es fruto del azar y de la necesidad.”

En nuestros días, el profesor Jacques Monod, Premio Nobel de Medicina en 1965, publicó en 1971 un libro titulado *El azar y la necesidad*, que fue *bestseller* en Francia y fue traducido a todos los idiomas cultos del mundo. En él sostenía Monod que la vida estaba sometida al azar y a la necesidad, que ella apareció por casualidad y que el hombre mismo era el producto de un prodigioso azar.

En el campo de la historia, son muchos los que creen que el acontecer humano es totalmente arbitrario y contingente: “Es un cuento contado por un idiota, hecho de ruido y de furor, que no significa nada” —escribía Shakespeare hablando del acontecer humano. Son más, sobre todo actualmente, los que piensan que la historia está sometida a una rigurosa necesidad. Hegel afirmaba, por ejemplo, que el acontecer tiene un fin absoluto y que una historia que lo ignore “vale tanto como un cuento de niños”.

Sin embargo, también en la historia hay quienes sostienen que lo contingente y lo fortuito coexisten, en un aparente antagonismo, con un orden racional y permanente en el acontecer.

En el presente artículo vamos a referirnos a las teorías que en ese sentido han formulado el filósofo y matemático Antonio Augusto Cournot y el historiador alemán Eduardo Meyer.

“El azar —decía desde luego Cournot— gobierna el mundo o mejor, tiene una parte importante en el gobierno del mundo”. El azar no es producto de nuestra ignorancia que, no sabiendo explicar las cosas, las atribuye a potencias misteriosas. No es una noción subjetiva sino objetiva.

Puede ser constatada por la observación y confirmada por la razón. Encontramos por todas partes hechos fortuitos, hechos singulares y contingentes que son perfectamente naturales y que aparecen escapando a cualquier posibilidad de previsión.”

La originalidad de Cournot no consistió en haber mostrado la presencia del azar en el acontecer sino en haber conciliado la noción del mismo con la noción del determinismo universal, en haber incluido el azar dentro de la propia necesidad.

El azar, según Cournot, es el encuentro accidental de series independientes de causas y efectos que concurren a la producción de un fenómeno. Por ejemplo, una tempestad estalla en cierto momento obedeciendo a las necesidades meteorológicas. Por otra parte, en ese mismo momento un hombre cruza el campo con un propósito determinado. Un rayo cae sobre el hombre y lo mata. Su muerte es un puro azar. Es la coincidencia fortuita de dos series de causas y efectos.

Cada una de las series está rigurosamente determinada. Son cadenas de hechos que se encuentran de repente. La presencia del azar no quiebra, por lo tanto, el determinismo universal. Por el contrario es la confirmación de éste. Una inteligencia que pudiera abarcar con la mirada todas las series causales del universo podría también prever las manifestaciones del azar.

Según Cournot, sólo Dios tiene capacidad para ello. Y el azar es acaso el medio de que Él se vale para actuar en el mundo sin alterar el orden fundamental de éste. “La idea de la naturaleza —dice Carnot— es la idea de un poder y de un arte divinos, operando bajo el imperio de condiciones necesarias que tienden fatalmente hacia un orden que nos sobrepasa.” El azar es la causalidad de Dios.

El azar, según Cournot, es más frecuente cuanto más compleja es la realidad de que se trata. No existe en la matemática, donde todo es necesario. Es mínimo en los fenómenos astronómicos. Su presencia es constante en el acontecer humano. “La historia —dice Cournot— es una mezcla de leyes naturales y de hechos accidentales, es una combinación de hechos racionales y de hechos fortuitos.” La historia es como una partida de ajedrez. Los acontecimientos se suceden rigurosos, pero sin estar fatalmente determinados, porque cada uno de los movimientos obedece a la libre decisión de cada uno de los protagonistas.

Teniendo en cuenta las influencias del azar y de la necesidad Cournot distingue tres fases en el acontecer humano, que él llama “prehistoria”, “historia propiamente dicha” y “poshistoria”.

La prehistoria es el reino del puro azar. En ella vivieron los hombres antes de la civilización y viven aún los pueblos primitivos que aún existen en ciertas regiones de nuestro planeta. Están movidos por fuerzas vitales. Su existencia es una especie de vegetar anónimo. Los instintos actúan en las creaciones colectivas y las instituciones de una manera incomprensible para nosotros.

En la fase histórica, dentro de la cual se encuentra actualmente la humanidad, el azar y la necesidad se dividen la dirección de los hechos. Por un lado, las actividades son canalizadas por instituciones regulares y existen tradiciones permanentes. La política y la religión desempeñan un papel organizador preponderante. Pero, por otro lado, nuestra época es la época de las guerras, de las conquistas, de la creación y destrucción de imperios. Aparecen los guerreros, los profetas, los fundadores de estados dominadores. Los caprichos de la suerte y las imposiciones personales tienen tanta influencia como las exigencias de la razón y de la necesidad. Por eso, el conocimiento de la historia se parece al conocimiento estadístico, que encuentra resultados medios generales, si bien aquél es menos riguroso que éste porque “se adapta por sus formas pintorescas y animadas, al modo de ser de la naturaleza viva”.

Pero las desconcertantes contradicciones de la historia no son definitivas. Los hombres insensiblemente están marchando hacia la fase poshistórica, es decir hacia el reino exclusivo de la razón y la necesidad. La poshistoria no aparecerá bruscamente y las instituciones sociales no entrarán en ella simultáneamente. Paulatinamente serán eliminados los elementos accidentales y pasionales del comportamiento. La sociedad estará penetrada cada vez más de orden, de lógica, de precisión. Y todo acabaría por estar inteligentemente organizado.

Como se ve Cournot creía en el progreso. La humanidad, según él, comienza por la infancia puramente instintiva, pasa por la juventud en que se disciplinan los impulsos y por la madurez en que predomina el buen sentido, para llegar, finalmente, a la vejez. Ésta no es necesariamente la decadencia. Con frecuencia es para los individuos la edad de la serenidad, de la inteligencia lúcida y creadora. Del mismo modo, según Cournot, los pueblos pueden mantenerse indefinidamente en la racionalidad poshistórica, haciéndose cada vez más independientes del azar y señores de su destino.

Cournot nació en 1804 y murió en 1877. Desempeñó altos cargos universitarios. Su actividad inicial estuvo consagrada al estudio analítico de la probabilidad. Se dedicó, como él mismo decía, “a hacer comprender el valor filosófico de las ideas de suerte, de azar, de probabilidad”. Restauró, dándole nuevas dimensiones, el probabilismo del escéptico griego Carneades. Sus libros más importantes para el conocimiento de sus ideas sobre la historia son el *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia* y las *Consideraciones sobre la marcha de las ideas y los acontecimientos en los tiempos modernos*. En ellos muestra que la noción del azar, clave de la estadística, explica la concatenación de los acontecimientos humanos.

El pensamiento de Cournot pasó casi inadvertido en su época. Actualmente está siendo revalorizado por los historiadores de la filosofía, especialmente en Francia. Jacques Chevalier, por ejemplo, en su monumental *Histoire de la pensée*, dice de él:

Pensador que ya es tiempo de poner en su verdadero lugar, uno de los primeros entre los filósofos del siglo XIX, hombre de ciencia y filósofo de gran clase, que fue al mismo tiempo un creyente sincero y un espíritu muy libre.

En cambio, Eduardo Meyer fue famoso desde el inicio de su labor y es actualmente considerado como uno de los más eminentes historiadores alemanes. Nació en Hamburgo en 1855 y murió en Berlín en 1930. Fue como Cournot un investigador y un maestro. Desde 1918 fue rector de la Universidad de Berlín. Se especializó en la historia de los países del Oriente Medio: Egipto, Babilonia, Israel, etcétera. Su obra más notable, *Historia de la antigüedad*, que comenzó a publicarse en 1880, se quedó inconclusa.

Eduardo Meyer —expresa su traductor al español, Carlos Silva— es una, tal vez la última, de las grandes figuras de la historiografía del siglo XIX y comienzos del XX. Podría decirse que se cierra con él el gran ciclo de historiadores abierto por Niebuhr, y en el cual descuella como una cima señera la personalidad de Theodor Mommsen.

Oswald Spengler lo tenía como “el historiador más considerable después de Ranke”.

Meyer expuso sus ideas sobre el azar y la necesidad en la primera y más importante de las monografías que forman parte de la selección que apareció en Alemania en 1910 y que, en traducción española, fue publicada por el Fondo de Cultura Económica de México, en 1955, con el título de *El historiador y la historia antigua*.

Dicha monografía, titulada *Sobre la teoría y la metodología de la historia*, tiene un fondo polémico. Es en realidad una crítica a los historiadores que creen que todo es necesario en la historia y que los acontecimientos históricos están sometidos a leyes. Eso los lleva, según Meyer, a descartar de la historia todos los elementos que no encajan dentro de tal concepto. “Estrangulan las realidades vivas, suplantándolas por pálidos fantasmas y vagas generalidades.”

Para Meyer no existen “leyes” en la historia. Por lo menos, dice que él no las ha encontrado. Considera, por ejemplo, que las veinticuatro leyes que K. Breysig creyó haber descubierto no son sino postulados imprecisos. “Son puras fórmulas —escribe— a las que él atribuye fuerza de leyes intercalándoles la palabra *debe*.” Las ciencias de la naturaleza pueden calcular y prever los fenómenos basándose en las leyes naturales. En cambio, “formular una determinada predicción a base de supuestas leyes históricas es tan inadmisibles como pronosticar el fin del mundo basándose en especulaciones teológicas o filosóficas”.

La inexistencia de leyes históricas se debe, según Meyer, a la esencia misma de la historia y a la influencia que tienen en ella la libre voluntad del hombre y el azar.

Quien se empeñe —dice— en alejar de la historia el azar y el libre arbitrio o en reducirlos por lo menos al papel de elementos secundarios, no sólo negará la rica vida de la historia, todo lo que forma el objeto fundamental del interés histórico, sino que destruirá totalmente su esencia sustituyéndola por fórmulas carentes de todo contenido concreto.

La idea que tiene Meyer del azar es absolutamente idéntica a la de Cournot, a quien, sin embargo, ni siquiera cita. El azar no es la arbitrariedad o el capricho. Es el entrecruzamiento de series de acontecimientos que se produce obedeciendo a su propia exigencia de necesidad.

El azar y la necesidad —dice Meyer— dependen del punto de vista desde el cual se contemple determinado fenómeno. Lo veremos como necesario si lo consideramos dentro de la trabazón de su propia serie causal, como eslabón final de esta cadena; como contingente, si lo contemplamos desde el punto de vista de una serie causal extraña, con la que entra en conflicto. En todos los procesos de la vida real se entrecruzan innumerables series causales de éstos y eso hace que todos los hechos, todos los fenómenos de la realidad, sean al mismo tiempo necesarios y fortuitos.

Meyer difiere de Cournot en que éste considera el azar como un instrumento de lo divino, como un medio de que Dios se vale para actuar en el mundo. Meyer piensa que no hace falta la intervención de un ser sobrenatural para explicar el entrecruzamiento de series causales que se producen dentro del universo, que es una unidad y al mismo tiempo una necesidad.

Otro aspecto fundamental por el cual Meyer difiere también de Cournot es la importancia que él da a la voluntad humana en el acontecer histórico.

Nadie, ni el determinista más convencido —dice—, puede borrar del mundo la experiencia interior. De ahí que en la vida real, debemos considerar como causas de nuestros propios actos y de todos los actos humanos propios y ajenos la existencia de una voluntad libre en sus determinaciones.

En otra de las monografías incluidas en *El historiador y la historia antigua*, titulada: *La individualidad en la historia antigua*, muestra Meyer que las más altas expresiones de la historia humana son las personalidades dotadas de fuerza creadora, que no se someten a la influencia avasalladora del ambiente, que se emancipan de la tradición y transforman y mejoran las condiciones de vida de los hombres.

Por eso, Meyer sostiene que el objeto de la historia es la investigación y la exposición de los acontecimientos en los cuales se manifiestan los seres humanos en su realidad viva, con su voluntad libre, con sus interferencias y conflictos permanentes.

La principal misión del historiador —dice— consiste en investigar los hechos que realmente han sucedido. Si no cumple con ese cometido, si no se esfuerza por conocer cumplidamente los hechos, los acontecimientos concretos, el trabajo del historiador resultará fallido.

Evidentemente, el azar tal como lo conciben Cournot y Meyer, sobre todo este último, existe. Hechos fortuitos, inesperados, contingentes irrumpen bruscamente en el acontecer histórico, modificándolo a veces de modo decisivo.

Desde luego, la historia no tiene un rumbo ineludible. No se puede de antemano señalarle una dirección. En cada momento del acontecer hay posibilidades innumerables. Algunas de ellas son plenamente conscientes. Otras, con frecuencia, se mantienen ocultas hasta que estallan de repente con fuerza insospechada. Los más eminentes estadistas de todos los tiempos son sorprendidos por acontecimientos que no habían previsto. Los futurólogos que hace una década pronosticaban un bienestar inmediato para la civilización, se encontraron de pronto con las amenazas de la polución y la crisis de energía, que no habían sospechado al hacer sus cálculos optimistas. El acontecer es imprevisible porque el pensamiento se pierde en el inextricable tejido de causas y efectos, dentro de cuya trama, además, se afirma la autonomía del ser humano.

Como he tratado de mostrar en mi libro sobre *Los tipos humanos y la historia*, debido a la doble actitud que los hombres tienen frente al acontecer, éste tiene dos vertientes. Una vertiente progresiva, es decir, susceptible de una racionalización retrospectiva, que acumula las realizaciones del pasado, vigoriza las instituciones y da un sentido a los sucesos. En la otra vertiente, la espontaneidad vital, la resistencia al pasado, el deseo de aventura, se manifiestan exclusivamente en esos acontecimientos sin objetivos ni designio trascendentes, que se repiten constantemente y que muchos historiadores excluyen simplemente de la historia.

Voltaire decía, por ejemplo:

Cuando la historia no es más que un montón de hechos que no han dejado huellas, cuando no es sino un cuadro confuso de ambiciones en armas, en que se matan los unos a los otros, no vale más que como un registro de combates de bestias.

Tanto en la una como en la otra vertiente, los acontecimientos obedecen a los impulsos de sus protagonistas, que son los respectivos tipos humanos, cuyas reacciones no pueden predecirse.

A hacer más imprevisible aún el acontecer contribuye el azar. Éste surge intempestivo, como algo anómalo, extraño, prodigioso y hasta absurdo, desconcertando a los hombres. Un grano de arena colocado en la uretra de Cromwell mudó el futuro de Inglaterra, dice Pascal. No sólo factores ajenos a la voluntad del hombre sino también coincidencias accidentales del comportamiento surgen modificando o trastornando el curso del acontecer.

Podemos indicar algunos:

a) *Cambios repentinos del ambiente natural*. La tempestad que en el Canal de la Mancha hundió dos tercios de la Armada Invencible marcó, a fines del

siglo XVI, el declinio del poderío naval de España y el nacimiento del de Inglaterra.

b) *Acciones o abstenciones insólitas*. Cuando Hitler invadió Francia tuvo la suerte de que el general Gamelin no hubiera previsto una reserva estratégica, descuido que Churchill consideró el más sorprendente que había conocido en su vida. Eso le dio a Hitler una victoria que el Estado Mayor alemán consideraba imposible.

c) *Peculiaridades estrictamente personales*. “La nariz de Cleopatra —escribía también Pascal— si hubiera sido más corta, la faz de la tierra habría cambiado.”

d) *Enfermedades*. Nadie puede calcular la medida en que, por ejemplo, la psicopatología oculta de sus dirigentes trastorna la vida de los pueblos.

e) *Irresponsabilidad*. En sus memorias recientemente publicadas, Krushchev dice, por ejemplo, que no es difícil pensar que un loco apriete el botón atómico y provoque una catástrofe.

f) *La muerte*, cuando surge súbitamente, puede producir desastres. Alejandro Magno con una voluntad férrea mudaba los destinos del mundo antiguo uniendo a Asia y Europa. Su desaparición fulminante, a los treinta y tres años de edad, echó por tierra todos sus planes.

El azar en el acontecer histórico es sin duda menos frecuente que en la existencia individual. Por lo mismo no puede ser sometido a un cálculo de probabilidades. Se puede pensar, sin embargo, que cuando la experiencia histórica de la humanidad sea mayor, por lo menos teóricamente, la existencia de ese cálculo será posible.